

# EL DIALOGO POR LA PAZ COMO “SIGNO DE LOS TIEMPOS”

## Análisis teológico

Centro de Reflexión Teológica

No hay duda de que la mayoría del pueblo salvadoreño, la mayoría pobre y sufriente sobre todo, desea ardientemente el fin de la guerra y el comienzo de la reconstrucción del país, de la justicia y de la reconciliación. Tampoco hay duda de que desea que eso ocurra por medios pacíficos y políticos más que por medios puramente militares. En otras palabras, el pueblo salvadoreño desea el diálogo como mecanismo pacífico y eficaz que lleve a una negociación y así al comienzo de solución para el país. También lo desean otras instancias en el país como los sindicatos, algunos partidos políticos, las iglesias y algunas universidades; y también importantes instancias internacionales como las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos, Contadora, la Comunidad Económica Europea, el Vaticano, etc.

Esto no ha sido siempre así o no ha tenido por qué ser así. En otros momentos, el pueblo salvadoreño pudo concentrar su esperanza en elecciones o en una insurrección popular o en el triunfo militar de alguna de las partes, pero lo que hoy desea la mayoría es el diálogo. En él ven —o desean ver— el mecanismo más adecuado para poner fin a los males del país y en él ven, a pesar de las obvias dificultades, un símbolo —casi el único— de esperanza.

### 1. El diálogo como “signo de los tiempos” para la fe

Este hecho, masivo y popular, del deseo de diálogo es muy importante para el país, y de ahí que su racionalidad, necesidad y consecuencias deban ser analizadas desde diversos puntos de vista, como se hace en los diversos artículos de este número. Pero también es importante para la fe cristiana y la actuación eclesial. Desde un punto de vista teológico el deseo de diálogo significa que éste se ha convertido en “signo de los tiempos,” expresión que hay que analizar en sí misma y en sus consecuencias.

“Signo de los tiempos” es una expresión teológica redescubierta por Juan XXIII y el Vaticano II y usada después vigorosamente por Medellín y Puebla. Dos cosas se quieren decir con esa expresión. La primera es que con los “signos de los tiempos” se caracteriza a una época, “sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia la caracteriza” (Vaticano II GS 4). En este sentido conocer los signos de los tiempos significa conocer el mundo real y aquello que realmente está sucediendo en el mundo. Sin atender a ello ni la fe ni la misión de la Iglesia se llevarían a cabo de forma encarnada,

sino que se saldrían de la historia y se mantendrían de forma puramente intencional y a la postre anacrónica. Pero hay una segunda acepción de signo de los tiempos más radical y exigente para la fe. En "los acontecimientos, exigencias y deseos" de una época la fe discierne "los signos verdaderos de la presencia de o de los planes de Dios" (Vaticano II, GS 11). En este sentido conocer los signos de los tiempos significa discernir aquella palabra de Dios que concreta para nosotros su palabra universal de verdad; y, a través de ella, llegar a conocer su concreta voluntad que jerarquiza en un momento determinado sus voluntades plurales. En este sentido, signo de los tiempos es exigencia de Dios mismo, sin responder a la cual la Iglesia perdería su identidad teológica.

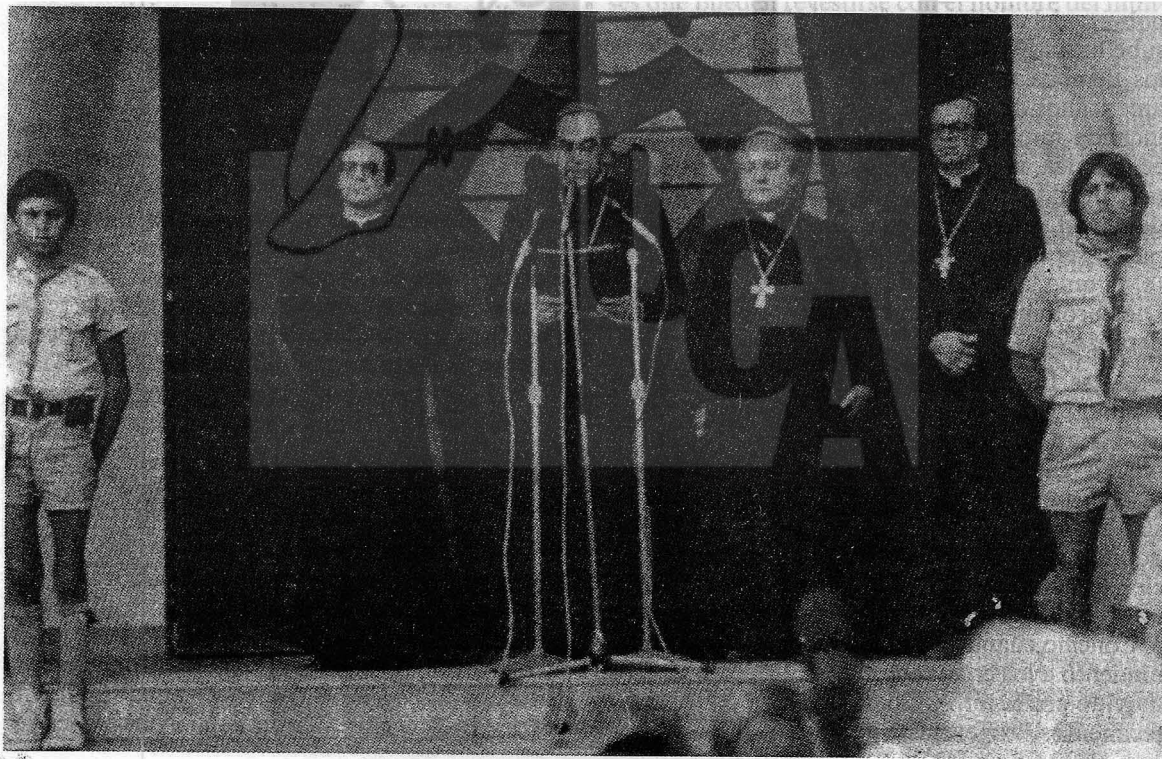
Según esto, afirmar que el diálogo es hoy un signo de los tiempos en El Salvador significa que la fe —y la Iglesia guiada por esa fe— se torna verdaderamente salvadoreña pues acaece en aquello que más hondamente refleja la realidad: la esperanza de vida en presencia de la muerte generalizada; y que se torna verdaderamente teológico pues con ello proclama la voluntad de Dios hoy y aquí. En lenguaje de la fe, por lo tanto, no hay forma más radical de recalcar la necesidad,

urgencia e importancia del diálogo que el declararlo "signo de los tiempos."

Las consecuencias radicales de esta afirmación son bastante obvias y se analizarán más adelante. Pero conviene detenerse un poco en esclarecer el concepto mismo de signo de los tiempos y ejemplificarlo desde lo que ya ha declarado la Iglesia ser signo de los tiempos.

Que el diálogo es hoy en El Salvador un signo de los tiempos no significa solamente que es en sí mismo algo bueno, que es en principio un modo más racional, humano y cristiano de resolver conflictos, que responde más hondamente a lo mejor de la naturaleza personal y social del hombre y que, por ello, su ejercicio la plenifica. Todo ello es, por supuesto verdad y por esa razón existe una doctrina sobre el diálogo, actualizada por Juan Pablo II<sup>1</sup> y por la Conferencia Episcopal de El Salvador.<sup>2</sup> La doctrina sobre el diálogo expresa la racionalidad y bondad del mismo, pero en cuanto pura doctrina no dice mucho todavía sobre su necesidad y sobre su prioridad sobre otros medios de terminar con el conflicto.

De una doctrina sobre el diálogo se avanza al diálogo como signo de los tiempos cuando es



## La Iglesia debe seguir proclamando el diálogo, haciendo que tenga lugar en la historia lo que parece no tener lugar. Quizás éste sea su mayor aporte al actual conflicto.

la misma realidad la que lo reclama, cuando la realidad toma la palabra y concentra toda su tragedia y toda su esperanza en un mecanismo-símbolo para poner fin a aquélla y alimentar ésta, cuando la realidad jerarquiza otros medios y exigencias y los subordina al diálogo. Dicho teológicamente, cuando la misma realidad deja oír la palabra de Dios que exige prioritariamente el diálogo.

Argumentar acerca de la necesidad de diálogo declarándolo signo de los tiempos es, un último término, argumentar con el clamor de la realidad más que con la racionalidad de un concepto. El "más" de fuerza argumentativa proviene de la misma realidad que es la que esclarece y muestra como exigente la verdad universal de una doctrina sobre el diálogo y es también la que genera una vigorosa praxis en su favor.

Esto es lo que ha ocurrido ya en la fe de América Latina en momentos importantes. La gran novedad de Medellín no consistió en la condena de la opresión y en formular una esperanza, sino en declarar signo de los tiempos la masiva pobreza del continente, fruto de la injusticia, que sube hasta Dios, y en declarar también signo de los tiempos la esperanza de los pueblos latinoamericanos de liberarse de todas las esclavitudes, incluida muy principalmente la opresión socioeconómica. Esa realidad latinoamericana, ya antes conocida, fue declarada como la realidad fundamental, fuera de la cual ninguna otra realidad puede ser comprendida y tratada adecuadamente, y como la realidad a través de la cual el mismo Dios pronuncia hoy su condena y anima a la esperanza.

Ese fundamental signo de los tiempos fue asumido también por la Iglesia salvadoreña y concretado en un punto importante: el que sea el mismo pueblo el que asuma en sus manos su propio destino. Así, elevó a signo de los tiempos el surgimiento y crecimiento de las organizaciones populares. "En el marco de nuestra realidad nacional, la proliferación de 'organizaciones populares' es uno de los acontecimientos a que alude el Concilio cuando, llamando a reflexión y discernimiento a los cristianos dice: 'El Pueblo de Dios movido por la fe... procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos de los cuales par-

icipa juntamente con sus contemporáneos los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios' (GS 11)."<sup>3</sup>

Estos importantes ejemplos muestran a cabalidad lo que son los signos de los tiempos y lo que les diferencia de ser meras aplicaciones de una doctrina universal, aunque verdadera. En un momento dado de la historia la realidad, su pecado y su esperanza, se hace inocultable; la misma realidad pronuncia una palabra densa que posee su propia evidencia y por ello su propia fuerza. En esa palabra de la realidad ve la fe también una palabra del mismo Dios no acallable ni relativizable por nada.

Un último e importante punto queda por analizar para entender lo que son los signos de los tiempos: el lugar desde el que se disciernen. Desde la Escritura y desde el magisterio de la Iglesia latinoamericana ese lugar es el mundo de los pobres. Puebla afirma que el Señor se hace privilegiadamente presente en los pobres, que "ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres" (n.196). Recoge y actualiza así la afirmación escandalosa, pero central de la Escritura: la más real y decisiva presencia del Señor está entre los que sufren (Mt.25, 31-46). El pueblo crucificado, como el siervo sufriente de Jahvé, es siempre el gran signo de los tiempos a través del cual se hace presente la salvación de Dios y en el que hay luz y verdad. "Te voy a poner como luz de las gentes" (Is.49,6; cfr. 42,6) dice el Señor del siervo sufriente. El pueblo crucificado es la luz que ilumina lo que es verdaderamente la realidad y lo que debe ser la realidad. Estando en él y mirándole a él se conocerá siempre cuál es la voluntad de Dios.

El Salvador es hoy un pueblo crucificado, sobre todo y ante todo en sus mayorías populares, en sus mayorías pobres y privilegiadas de Dios. Entre ellas puede haber diferencia de grado en su madurez política, desigual ilustración y conciencia sobre las causas del conflicto, puede haber incluso diferentes simpatías políticas. Pero en una cosa coincide ese pueblo crucificado: en la imperiosa necesidad de poner fin a la guerra por medio del diálogo. Con el diálogo el pueblo crucificado quiere simplemente proclamar la urgencia de vida, alcanzable con la paz y la justicia, y

el camino para que haya vida. Con ello se hace mediación privilegiada de la voluntad del Dios de la vida.

Si el pueblo crucificado y quienes realmente están junto a él exigen hoy el diálogo, entonces este se convierte hoy en signo de los tiempos. Si lo exigen además, aunque sea por variadas razones, otras instancias nacionales e internacionales, si la razón ética y política lo muestran como el medio más eficaz, entonces, puesto todo eso junto, el diálogo es ciertamente un signo de los tiempos para la fe cristiana.

## 2. La ultimidad del diálogo para la fe y para la Iglesia

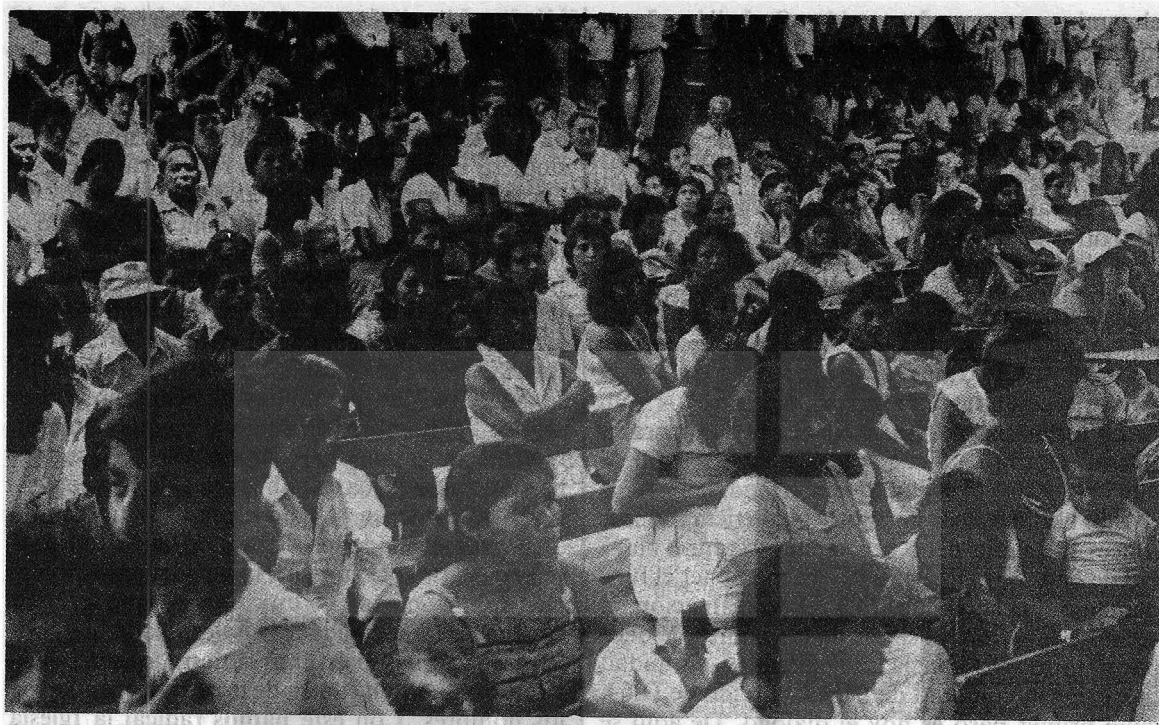
Si el diálogo es un signo de los tiempos, entonces la Iglesia debe proclamarlo como voluntad de Dios hoy en el país y debe mantener el fundamento que la ha llevado a tal proclamación: el **sensus pauperum**, el sentir de los pobres. Y debe hacer todo ello con la radicalidad y ultimidad que exige la voluntad de Dios y el reino de Dios, cuyo primer paso es hoy el diálogo. De aquí se derivan dos tareas fundamentales para la Iglesia: exigir el diálogo con ultimidad al país y poner todo lo que es y tiene en favor del diálogo.

Por lo que toca al primer punto hay que recordar lo que dijo Mons. Romero: "Según les vaya a ellos, al pueblo pobre, la Iglesia irá apoyando desde su especificidad uno u otro proyecto político."<sup>4</sup> En el diálogo no se trata propiamente de un proyecto, pero sí de un elemento fundamental de un proceso que lleve a un proyecto político de justicia, paz y reconciliación. La Iglesia debe, por lo tanto, hacer del diálogo un criterio fundamental de juicio sobre el actual proceso del país. Esto significa en concreto que, además de juzgar la problemática militar, económica, de derechos humanos, de la soberanía nacional, etc., debe también juzgar globalmente el proceso desde el diálogo, debe animar, denunciar o desenmascarar según los casos la voluntad de diálogo de los diversos sectores implicados en el conflicto: Fuerza Armada, gobierno norteamericano, oligarquía, gobierno y el FMLN-FDR por otra parte.

Ante las diversas posturas ante el diálogo, la Iglesia debe defenderlo con ultimidad cuando, con buenas o malas artes, se lo quiere hacer pasar a segundo plano o que desaparezca. Ya ha dado de ello un ejemplo importante al afirmar que ni siquiera la constitución de la república puede ser obstáculo para el diálogo,<sup>5</sup> porque lo que hoy está en juego no es el ordenamiento político y jurídico del país, sino la vida de las mayorías. La Iglesia lo ha hecho recordando el conocido pasaje evangélico "el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado," afirmación nada rutinaria —y menos para la Iglesia—, pues con ella se quiere indicar que no hay derechos superiores al bien del hombre, ni siquiera los que pudieran interpretarse como 'derechos de Dios.' Si se analiza, además, el contexto histórico de esta sentencia —el tomar en sábado espigas de un campo ajeno por parte de los discípulos hambrientos— se está afirmando que no hay ordenamiento social —la propiedad de un campo— que esté por encima de las necesidades vitales. Nada hay, por lo tanto, ni en el cielo ni en la tierra, que se pueda invocar para ir en contra de la obvia necesidad de los hombres. Con este **pathos** radical la Iglesia tiene que defender la ultimidad del diálogo, cuando de él depende la vida de las mayorías. Con ese **pathos** debe desenmascarar otros intereses que pueden revestirse con el nombre del mundo occidental, la democracia, la seguridad nacional, y nada se diga del prestigio político, cuando todos ellos impiden eficazmente el diálogo. Como decía Mons. Romero, citando a un campesino, "la ley es como la serpiente. Sólo ataca al que está descalzo." Normalmente las instituciones humanas y mucho más los intereses espúreos siempre acaban en contra de los pobres. No se los debe invocar como buenos cuando no lo son ni hacerlos pasar por cosas últimas cuando aunque buenos, sólo son penúltimos.

Esta ultimidad con que la Iglesia debe defender el diálogo hacia afuera debe ser también puesta en práctica hacia dentro de la Iglesia. Esto significa, por una parte, que la Iglesia muestre en sus declaraciones que está convencida del diálogo. En general así lo ha hecho la conferencia episcopal, pero no todos los obispos lo proclaman con igual convicción, aduciendo algunos

**El diálogo hoy es un signo de los tiempos, es la voluntad de Dios para El Salvador. Por el momento no se ve otra solución para sacar al país del infierno en que se encuentra y encaminarlo hacia el reino de Dios.**



que con ideologías marxistas no se puede dialogar. Pero, sea cual fuere el juicio sobre las ideologías de cada una de las partes —lo cual la Iglesia tiene que determinar cuidadosamente con verdadero sentido ético y evangélico— ni siquiera las ideologías deben ser obstáculo para no proclamar el diálogo con ultimidad, pues ésta proviene no de que dos partes hayan decidido dialogar, sino de perentoria necesidad para las mayorías populares.

Dar ultimidad al diálogo significa, por otra parte, poner a producir todo lo que tiene la Iglesia en su favor, aunque obviamente la Iglesia tenga que hacer otras cosas. En otro lugar<sup>6</sup> se ha detallado lo que la Iglesia puede hacer. Baste recordar aquí algunos criterios de su actividad en favor del diálogo que pueden verificar también la medida en que la Iglesia ve el diálogo como signo de los tiempos: 1) fundamentación y esclarecimiento cristiano del diálogo, desenmascarando posiciones que lo impiden y saliendo al paso de las objeciones al diálogo que pudieran tener su importancia, pero que no pueden convertirse en obstáculos últimos, 2) desarrollo de una pastoral del diálogo como actualización hoy de la opción por los pobres, 3) consciente dedicación de recursos y concentración de todas las fuerzas vivas de la Iglesia alrededor de esa pastoral: clero, reli-

giosos y religiosas, colegios y escuelas católicas, movimientos apostólicos, medios de comunicación de la Iglesia, comunidades eclesiales, etc., 4) manifestación en signos y acciones eclesiales concretas de la postura en favor del diálogo, 5) creatividad en la mediación, cada vez más necesaria cuanto mayores son las dificultades.

### 3. El diálogo como utopía

Los signos de los tiempos apuntan siempre, cristianamente entendidos, a una utopía, pues la última voluntad de Dios siempre es, en definitiva, la instauración de su reino: paz y justicia, verdad y vida, perdón y reconciliación. Los medios discernidos como caminos hacia el reino participan también de su carácter utópico. Con ello se quiere decir que el diálogo es también utópico y, como veréms, en varios sentidos. Pero ello no debe desanimar a una Iglesia movida por la fe evangélica; sino más bien, por ser el diálogo una utopía, debe llevarla a mantenerlo y propiciarlo, pues la Iglesia, como cualquier tipo de institución religiosa y, sobre todo, como comunidad evangélica, debe ser la reserva de la utopía en la historia.

El diálogo es hoy utópico en El Salvador, en primer lugar, por su ingente dificultad. El reino

de Dios siempre se hace en presencia de una activa reacción del antirreino y a los caminos hacia el reino siempre se le oponen los poderes del mal. Pero además, el diálogo salvadoreño atraviesa por dificultades históricas casi insolubles. Esto supone el fin de cualquier ingenuidad o idealismo, pero exige la terquedad en proclamar su necesidad, mantenerse en su defensa a pesar de los fracasos y la creatividad constante en proponer nuevos caminos para el diálogo.

El diálogo es también utópico en el sentido de apuntar a una solución ideal y de ser él mismo un medio ideal. La solución que busca el diálogo no es otra que los contenidos del reino, historizados para El Salvador: el fin de las hostilidades, la reconstrucción del país en justicia y libertad, la reconciliación y, así, constitución del pueblo salvadoreño, la relación con otros pueblos en forma de solidaridad y no de intervención y pérdida de soberanía. El diálogo como mecanismo es también un ideal, pues supone conversión de todas las partes implicadas, apertura a la reconciliación, superación de dogmatismos, aceptación, en último término, de que hay algo bueno y verdadero en el fondo de la realidad capaz de unificar y mayor que las fuerzas del mal tendiente siempre a dividir.

Tanto por el ideal que expresa como por la reacción histórica contra él, el diálogo es utopía, literalmente aquello para lo que no hay lugar en la historia (**ou-topos**). Y sin embargo debe mantenerse su necesidad, pues ese ideal que no existe es lo que mueve a que exista, lo que genera utopías parciales, lo que humaniza los procesos y les da su dirección correcta, lo que constantemente da la fuerza para superar obstáculos casi insalvables. Así lo prueba la historia y así lo proclama la fe cristiana. El Dios que está siempre más adelante de la historia orienta a ésta hacia sus mejores posibilidades. El ideal del reino de Dios nunca será realidad en la historia, pero ignorarlo por utópico es condenar a la historia al absoluto fracaso y es privarse de los subproductos positivos que siempre genera el intento de hacerlo realidad. En El Salvador, el proceso de diálogo ha generado al menos diálogos parciales, alguna humanización del conflicto y sobre todo una mayor unificación de los sectores populares.

La Iglesia debe, por lo tanto, seguir proclamando el diálogo, haciendo que tenga lugar en la historia (**topos**) lo que parece que no tiene lugar. Quizás sea éste su mayor aporte al actual conflicto. Pero para ello necesita dos cosas. La primera

es credibilidad, pues ninguna utopía puede ser proclamada sin credibilidad. Esta se genera por la limpieza y desinterés de su palabra, por la encarnación en el conflicto y sus consecuencias, por el acompañamiento al pueblo sufriente; y, como lo han notado muchos, por el diálogo al interior de la Iglesia. Tampoco se pueden negar divisiones dentro de ella producto del mismo tipo de tentaciones y de pecaminosidad que dificulta el diálogo nacional. Si la Iglesia es capaz dialogar en su interior se hará más eficaz para propiciar el diálogo nacional y estará poniendo un importante símbolo de que el diálogo es posible.

La segunda cosa es volver siempre la mirada al lugar donde ha aparecido el diálogo como signos de los tiempos: el pueblo sufriente. Este pueblo aparece hoy más unido que nunca —sea cuales fueren sus simpatías políticas— en el sufrimiento y en la esperanza. Mons. Romero decía que a la gente pobre “la está desuniendo precisamente aquello que la une más profundamente, la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares.”<sup>7</sup> Hoy es mayor la unión que la desunión para las mayorías pobres después de 6 años de guerra. A ese pueblo unido en la cruz y en la esperanza de resurrección es a lo que la Iglesia tiene que volver una y otra vez para proclamar la urgencia del diálogo.

El diálogo hoy es un signo de los tiempos, es la voluntad de Dios para El Salvador. No se sabe qué deparará la historia en los años venideros, quizás se abran en el porvenir otras posibilidades. Pero por el momento no se ve otra mejor solución para sacar al país del infierno en que se encuentra y encaminarlo hacia el reino de Dios.

Al terminar de escribir estas líneas ha ocurrido el terrible terremoto del 10 de octubre, el cual ha potenciado la catástrofe nacional. Varias reflexiones pueden hacerse desde la fe en presencia de tanta destrucción, pero al menos una se impone que refuerza la mayor urgencia de un diálogo. En palabras de Mons. Rivera: “esperamos resolver también, en forma definitiva, esa otra catástrofe —aún más grave porque está ligada a la decisión de los hombres— el terremoto de la guerra, la cual cada día tiene menos sentido.”<sup>8</sup>

Si la guerra tiene cada vez menos sentido, el diálogo tiene cada vez más sentido y mayor urgencia. Sus posibilidades históricas no son

muchas, pero a la fe cristiana le compete el rescatarlas siempre y el aumentarlas. Su palabra sonará utópica y mucho deberán hacer los creyentes para pronunciarla con credibilidad, pero es su necesario aporte. Así terminó Mons. Romero su homilía dominical ocho días antes de su asesinato: "hay perspectivas, aún humanas, de soluciones racionales. Y sobre todo, por encima de todo, está la palabra de Dios que nos ha gritado hoy: ¡Reconciliación!"

#### NOTAS

1. "El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo." Mensaje de su Santidad Juan Pablo II para la celebración de la "Jornada de la paz," 1o. de enero de 1983. Publicado en *ECA*, 1982, 410, pp. 1069-1082.

2. "Reconciliación y paz." Carta colectiva de la Conferencia Episcopal de El Salvador. Publicada en *ECA*, 1985, 443-444, pp. 743-747.
3. **Iglesia y organizaciones políticas populares. Tercera Carta Pastoral de Mons. Romero y primera de Mons. Rivera.** Publicada en Varios, *La voz de los sin voz*, San Salvador: UCA Editores, 1980, p. 97.
4. "La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres." Discurso con motivo del **Doctorado Honoris Causa** conferido por la Universidad de Lovaina el día 2 de febrero de 1980. Publicado en *ibid.* p. 192.
5. Cfr. Homilía de Mons. Gregorio Rosa del 24 de agosto de 1986. Véase *Carta a las Iglesias*, 1986, 122, pp. 1 y 4.
6. J. Sobrino, "La Iglesia y la solución del conflicto salvadoreño." *ECA*, 1986, 447-448, pp. 76-89.
7. **Iglesia y organizaciones populares. Op. cit.**, p. 100.
8. Homilía del 12 de octubre, cfr. *Carta a las Iglesias*, 1986, 125.

